

JOSEPH ROTH

PRIMAVERA DE CAFÉ
UN LIBRO DE LECTURAS VIENESAS

EDITADO POR
HELMUT PESCHINA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE CARLOS FORTEA

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Kaffeehaus-Frühling. Ein Wien-Lesebuch*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2001, 2005 by Verlag Kiepenheuer & Witsch, Colonia
© de la traducción, 2010 by Carlos Fortea Gil
© de las imágenes, by Album-Verlag, Viena,
excepto págs. 25 y 32, by ÖNB, Viena
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S. A. U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A. U.

En la cubierta, *Zum Eisvogel* (1912),
de Arthur von Hübl

ISBN: 978-84-92649-44-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 191-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Distrito 2.º Praterstrasse, 31.

PRIMAVERA DE CAFÉ

Hasta ahora, lo único que se había puesto de manifiesto era que los propietarios de los cafés *impulsaban* los precios, que el gasto diario en desayuno y merienda *crecía*, que en el «café» *fermentaban* secretos jugos primaverales, que la explotación del público daba insospechados *frutos* y que, en general, el negocio *floreecía*. Así es la primavera de café vienesa. Esta última semana se ha añadido algo nuevo: Schani* saca a la calle su jardín. El «jardín» consiste en unos cuantos tableros y listones que han pasado el letargo invernal bien custodiados en el desván, y una cerca de alambre trenzado o de hierro. Unas cuantas macetas, y esas ramitas verdes que en esta primavera anormalmente fría sólo se les ocurren a los propietarios de los cafés, representan una especial atención hacia mayo y hacia los clientes. Y así todo está listo para el sol, que por desgracia el observatorio no puede anunciar «debido a la falta de importantes datos me-

teorológicos», y que sin un pronóstico fiable no acaba de atreverse a salir de entre las nubes...

Mirando esas terrazas abandonadas de la mano de Dios, a uno le viene casi involuntariamente a la memoria la comparación con unos sueños de paz jamás cumplidos, unas expectativas pasadas por agua y una situación internacional resfriada. Esas mesas puestas patas arriba, con los sillones de mimbre encima, llorando de humedad, se parecen desesperadamente a un mundo trastornado en el que todo estaría de cabeza tan sólo con que algo tuviera cabeza. El aire, que realmente tendríamos derecho a disfrutar aquí fuera, está lleno de partes bélicas venidos de las conferencias de paz, y el helado que en épocas normales se tomaría aquí sigue, por desgracia, helando convulsivo los corazones de los hombres. Así, lo que antaño era continuación en la calle de la lenta vida familiar y las agradables partidas de naipes, se convierte hoy en mezcla bien incómoda de una incómoda vida pública con las preocupaciones familiares privadas. La terraza del café no es hoy más que una reliquia superflua de tiempos mejores, y además un impedimento para el tráfico, como el tranvía, el correo, el teléfono y otros «medios de comunicación». Para los propietarios de los cafés, esto tiene en cualquier caso una ventaja: les permite poner en la calle, lisa y llanamente y en el más auténtico sentido de la palabra, a esos incómodos clientes fijos que protestan por la subida de los precios...

JOSEPHUS

Der Neue Tag, 23-5-1919



El Herrenhof fue uno de los cafés habituales de Joseph Roth.

UNA TERRAZA DE CAFÉ, Y OTRA MÁS

En una hermosa tarde de verano, hay un café del Ring*, junto a la ópera, que tiene dos terrazas.

En la primera se sientan vencedores adultos de la guerra, toman helado y juegan a las cartas, al *buki* o al *tarock*. Ésta es la terraza legal, reconocida, protegida por la Ley. Una terraza con huéspedes presentables en sociedad y con la raya bien planchada.

Delante de esta terraza hay una un poco más elemental, improvisada: sus visitantes, sin la raya planchada, vencedores aún *no* adultos de la guerra, no se sientan en sillones de mimbre, sino, en parte, en el pavimento, en parte en el ralo césped que hay a la sombra de un árbol del Ring.

Y juegan al *tarock*.

Son portadores de la opinión pública, así que me parece necesario llamar la atención de ésta sobre el disfrute de sus vendedores.

Porque la opinión pública vagabundea sin prestar atención ante estos chicos que fuman cigarrillos y juegan al *tarock*, y sólo cuando va montada en coche deja oír una señal de claxon o esquiva la camada de ruidosos vendedores adolescentes que juegan.

No se puede molestar a los chicos en su disfrute. Se trata, por así decirlo, del siglo del niño.

Un guardia está en las cercanías y espera, por motivos profesionales, una oportunidad de intervenir. Como hoy, excepcionalmente, no hay ni una viuda de guerra manifestándose por el Ring, el guardia deja en paz a los huérfanos de guerra. Quizá también porque opina que ése es el principio de las anunciadas reformas escolares: para dar vía libre a los más capaces de esos chicos, se les deja ocupar temporalmente, durante las vacaciones, la calzada del Ring. El ascenso de los más dotados empieza, de momento, por sentarse en la calzada. El que gana la partida, ha demostrado sus capacidades y puede ascender.

¿Cómo hemos de llamar a esto? En el centro de una ciudad de cultura, niños que juegan a las cartas en medio de la calle: ¿una «vergüenza cultural»?

Bueno: ¡vergüenza hemos tenido bastante desde siempre!

Pero... ¿lo segundo?...

JOSEPHUS

Der Neue Tag, 10-8-1919

EL CAMBISTA DE DINERO BLANCO

La desconfianza está en el umbral, y te recibe: puedes ser un fisgón, un confidente, un soplón, un espía. En cualquier caso eres un extraño: llevas un cuello limpio, y tu conducta huele sospechosamente a Centroeuropa. Tus manos no gesticulan, tus ojos no hacen guiños astutos, no coquetean con ningún pequeño negocio, el bolsillo de tu camisa está normalmente pegado al pecho y no a un cuarto de milla de la envoltura de tu yo. No tienes nada de acosado, de sospechoso para la policía, de furtivo, de astuto. No mueves ni una ceja a la vista de la Ley, y ninguno de tus dedos se mueve para abrir una puertecilla trasera. ¿Qué buscas, pues, decente, protegido por la Ley y protector de las leyes, entre los desprotegidos por la Ley y los escapados a la protección de las leyes? ¿Qué buscas, proscrito entre los proscritos, valorado entre minusvalorados, limpio entre sucios, hombre de cultura en mitad de la falta de cultura, concienzudo en el reino de la inconsciencia? ¿Tú, que tienes escrúpulos, en el distrito de la *moral infanity* de la posguerra? Lo ves: eres un forastero, y por eso la desconfianza está en el umbral del pequeño café de la Bankgasse y te recibe...

Sé de una época en la que este café aún era un localito inocente, y debía su mísera existencia a la necesidad de refresco de los criados de la legación húngara. Daba la impresión de haber sido montado ex profeso para los fines de la legación y no servir para otra cosa que para atender mediante periódicos la necesidad de novedades de los funcionarios de bajo nivel y la sed ocasional de los clientes fijos y los consumidores de chupitos. Por aquel entonces, ¡por supuesto!, la

época no conocía aún el dinero blanco, sino la buena divisa austrohúngara, y la legación de la Bankgasse aún no había obtenido de la autoridad común de la monarquía el permiso para llevar el comunismo a los bancos a través de los canales de Viena. La legación quería más bien representar que hacer dudosos presentes, no tenía pasaporte alguno que visar, sino el dualismo, y su círculo de acción era aún más limitado que el horizonte de sus actuales supervisores. Entonces, el café en las cercanías había sido un popular lugar de excursiones cercanas para guardianes y porteros de puerta trasera, y algún pequeño negocio inofensivo, del todo inofensivo, se desarrollaba aquí para la satisfacción general de los dos implicados y del neutral propietario del café.

¡Pero hoy!...

Ya lo hemos dicho, la desconfianza está ya en el umbral y te recibe: «¿Busca usted a alguien?». No, no busco a nadie, pero me guardo de admitirlo. Naturalmente que busco a alguien. «¿Tiene usted “blanco”?». «¿Compra usted “blanco”?».

El espíritu de la especulación tampoco desprecia los inventos de Bela Kun*, y trafica incluso con los productos del Infierno. Aquí, en la oficina de cambio de la Bankgasse, probablemente aún quedan personas que compran dinero blanco. Sin amenazas, sin usar la violencia, sin *ukases* del Gobierno soviético. Todos vosotros, cargados de dinero blanco, que venís de Hungría, ¡no desesperéis! Un billete negro por diez kilogramos. ¡Seguiréis recibiendo papel blanco! ¡Podéis desprenderos de vuestro dinero blanco, desprenderos por completo, con más facilidad que de aquellos que os premian con él! ¡Oh, si en la Bankgasse hubiera una oficina de cambio en la que pudieran cambiarse ideas para hacer feliz al pueblo por alimentos, y diez kilogramos de Kun por un miligramo de razón!...

En el localito se sientan: campesinas eslovacas con pa-

ñuelos de colores estampados con flores, de color amarillo y ocre; rusos errantes con camisas negras abotonadas hasta el cuello y salvaje anarquía en el hirsuto pelo; pequeños traficantes con cuellos de camisa a cuadros azules y grandes perlas sobre las corbatas verde cardenillo; judíos polacos con espíritu comercial en las comisuras de los ojos y cafetanes de seda; campesinos húngaros con esa expresión de innombrable fijeza que los seres humanos tienen forzosamente que alcanzar cuando comen pimientos durante diez años y de pronto no pueden tomar ni un trago de aguardiente; vendedores ambulantes con papel de carta en el que hay escondido dinero negro; agentes y especuladores; agitadores e intermediarios; pequeños beneficiarios del armisticio, que esperan una guerra y no ganarla, sino ganar con ella; desesperados portadores de la bendición de Kun, dispuestos a entregar su dinero blanco duramente adquirido a cambio de una bagatela negra.

Éstos son los visitantes. Aquí y allá, como para disculparse ante el guardia de la puerta, se muestran los contornos de una camarera que sirve una mosca nadando en un vaso de «frambuesa-soda» en cualquier mesa. De la pared cuelga un número del *Faun*, que, publicado antes de la guerra, encuentra aquí la calma para sobrevivirse. Un ejemplar del *Neues Wiener Journal*, que tiene por lo menos ocho meses y aún es tan ingenuo como para pretender la «victoria final», sirve para apartar los ojos de los no llamados al dinero blanco y al dinero negro. El baño y la cabina telefónica disfrutaban de la más viva afluencia. En el primero se hacen negocios más secretos que en el salón diplomático, y la cabina podría ser la única en toda la Austria de habla alemana en la que se establecen las conexiones sin impedimentos. Un pañuelo que, en las cercanías de la caja, no lleva una vida tan sucia como inútil, sino que se limita a colgar, da testi-

monio de que aquí no es frecuente que las manos se laven en inocencia. Entre el vapor y el polvo, una cocina vive en descuidado olvido, y una olla medio rota, trabajosamente enmasillada, constituye una valiosa reminiscencia...

En todo esto bate el espíritu del comunismo y del comercio, burbujea la codicia y atrae el engaño. Éste es el lugar en el que desaparece la oposición entre razas y naciones. Aquí puede ser que una campesina eslovaca eche los brazos al cuello de un judío polaco. Que un miembro de la Guardia Roja apriete a un usurero contra su corazón. Quien dude de la Humanidad, que venga a este localito de la Bankgasse y se incorpore. Cuando la internacional del pensamiento proletario fracasa, cuando la internacional del espíritu yace impotente... bien, ¡sigue viva la internacional del dinero blanco y de la especulación!...

Der Neue Tag, 18-7-1919